

5

LA DOCTRINA PUERIL DE LULIO: UNA ENCICLOPEDIA ESCOLAR DEL SIGLO XIII

(RAMON LLULL'S DOCTRINA PUERIL: A 13TH CENTURY SCHOOL ENCYCLOPAEDIA)

Conrado Vilanou Torrano
Universidad de Barcelona

DOI: 10.5944/educxx1.2.16.10334

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

Vilanou Torrano, C. (2013). La Doctrina Pueril de Lulio: una enciclopedia escolar del siglo XIII. *Educación XX1*, 16 (2), 97-114. doi: 10.5944/educxx1.2.16.10334

Vilanou Torrano, C. (2013). Ramon Llull's Doctrina Pueril: a 13th Century school encyclopedia. *Educación XX1*, 16 (2), 97-114. doi: 10.5944/educxx1.2.16.10334

RESUMEN

En este artículo se presenta la *Doctrina Pueril* de Raimundo Lulio, que escribió el año 1275 para la formación de su hijo. Se trata de uno de los textos pedagógicos más destacados de la época bajo-medieval, que circuló profusamente durante los siglos XIV y XV como confirman las diversas copias manuscritas existentes. En un momento en que las ciudades habían adquirido un incipiente protagonismo, Lulio elaboró una enciclopedia pensando en la educación de un laico que había de dedicarse al mundo de la vida activa y que, en consecuencia, tenía que aprender un oficio. La obra —que se compone de dos partes bien diferenciadas, una religiosa que es la más extensa y otra profana más reducida— destaca el papel de las artes mecánicas, en detrimento de las artes liberales, sobre todo del cuadrivio que se limita al cultivo de la música. En cualquier caso, el objetivo final de esta enciclopedia escolar —que además fue puesta al servicio de la formación de Blanquerna, el protagonista de una de las novelas didácticas de Lulio más notables— no era otro que amar, servir y honrar a Dios.

ABSTRACT

This paper discusses Ramon Llull's *Doctrina Pueril*, which he wrote in 1275 for the education of his son. It is one of the most outstanding teaching texts of the late Middle Ages and was very popular during the 14th and 15th centuries, as confirmed by the various handwritten copies that still survive.

At a time when cities had acquired an incipient prominence, Lull drew up an encyclopaedia primarily intended for educating a layperson who would enter the world of active life and therefore needed to learn a trade. The work—consisting of two well-differentiated parts, one religious (the larger) and another profane (the smaller)—stresses the role of the mechanical arts, to the detriment of the liberal arts, particularly the quadrivium, which is reduced to the cultivation of music. In any case, the ultimate goal of this school encyclopaedia—which was also used in the education of Blanquerna, the hero of one of Lull's most notable didactic novels—was none other than to love, serve and honour God.

INTRODUCCIÓN

Sabido es que el profesor Juan Tusquets calificó a Raimundo Lulio con el apelativo de pedagogo de la Cristiandad. Con anterioridad, Pedro Font y Puig había destacado la tendencia a la unidad del pensamiento luliano, una unidad que podemos relacionar con la filosofía platónica. La verdad es que todos aquellos que, desde la Universidad de Barcelona, se han interesado por las cuestiones histórico-pedagógicas han manifestado una especial predilección por Lulio (1235-1316). En este sentido, los hermanos Carreras Artau se ocuparon con extensión y profundidad del insigne mallorquín, en su *Historia de la filosofía española: filosofía cristiana de los siglos XIII al XV* (1939-1943). En su análisis, los hermanos Carreras remarcaron que «la pedagogía luliana es una pedagogía de la primera intención, que comienza por las cosas generales para descender a las especiales y, auxiliada por el Arte general, culmina en la imitación de las virtudes divinas» (Carreras Artau, 1939, 614).

De hecho, en el prólogo de la *Doctrina pueril* (1275) queda expresada esta primera intención de la pedagogía luliana, al manifestar Lulio que dedica la obra a su hijo Domingo, para que «pueda entrar en la ciencia y por su medio sepa conocer, amar, servir a su glorioso Dios». De acuerdo con el plan divino de la creación, Dios desea que la primera intención del hombre sea amarle, honrarle y servirle, hasta el punto que sólo por la segunda intención el hombre pueda servirse de los bienes que «derivan de los méritos de la primera intención». Por eso, en los *Proverbios* lulianos se lee: «Procura la concordancia entre la primera y la segunda intención» (Lull, 1978, 174). Cuando la concordancia no se da, surge la contrariedad entre el hombre y Dios, estableciéndose entre ambos tres vías: la inferior que es la del pecado, la mediana representada por la vida activa y la superior que corresponde a la vida contemplativa (*Doctrinal pueril*, 87, 2). Rechazada la vía inferior, Domingo ha de seguir el camino del medio, debiendo aprender un oficio para ganarse honestamente la vida. Más adelante veremos como estas tres vías se reducen a dos, las que simbolizan el bien y el mal.

Por su parte, Joaquín Xirau escribió en el exilio su libro *Vida y obra de Ramón Llull. Filosofía y mística* (1946). Xirau destaca la dimensión amorosa del pensamiento luliano que entronca con la tradición franciscana y que pone en relación con su pedagogía de la conciencia amorosa. A pesar de la diáspora, Xirau tenía bien claro que su filosofía de la educación —sistemática en *Amor y Mundo* (1940)— encontraba un magnífico antecedente en Lulio, ya que junto a su pasión por el razonamiento del Arte general, destaca la primacía del amor. Tan es así que el Árbol de la ciencia, en el que expone su Arte de una manera sencilla, se completa con el Árbol del amor. Sin negar que podamos llegar a Dios —Logos, Verbo y Luz— a través de razones necesarias, Lulio afirma contundentemente que Dios es amor.

Digamos también que para Lulio —en un planteamiento que recuerda la ley evangélica de los dos caminos, ya presente en la *Didakhé*— existen dos vías de modo que —de acuerdo con el modelo de San Buenaventura— el ser humano ha de recorrer un itinerario hacia Dios, que es el Amado. «El Amado educaba al amigo en amar. El amor le enseñaba a tener paciencia; la misericordia, a esperar; la justicia, a temer, y la fe, a creer; y, siendo ya de mayor edad, todas le instruían y enseñaban a amar» (Lulio, 1981, 102). De la misma manera que Félix viaja por el mundo para maravillarse ante la belleza de la creación divina, también el hombre ha de recorrer su propio camino para acercarse al bien. De ahí que la antropología luliana presente al ser humano como un *homo viator* —un peregrino— que debe alejarse del pecado y aproximarse al bien que personifica el Amado. Para alcanzar tal objetivo el hombre tiene que activar sus tres facultades, el entendimiento, la voluntad y la memoria, potencias de raigambre agustiniana. Al fin de cuentas, sólo después de este proceso itinerante —señalemos que Lulio cubrió el camino de Santiago poco después de su conversión (1263)— el hombre podrá encontrar al Amado a través de un recorrido que tiene mucho de vía salvadora. La *Doctrina pueril* deja bien claro que las siete virtudes (capítulos 52 al 58) constituyen las vías de la salvación (cap. 59), mientras que los siete pecados capitales (capítulos 60 al 67) significan otras tantas vías de condenación.

Entre la ciencia y la amancia, Lulio se decide por el amor. Así pues, a través de la caridad —que ajusta el hombre a Dios— se deben amar aquellos principios que nos distancian de la vanagloria, a la vez que iluminan las cosas hasta el punto de que el entendimiento queda supeditado al amor; estableciéndose la siguiente fórmula: «Cuando más ames, más podrás entender, y cuando más entenderás, un mayor amor existirá» (*Doctrina pueril*, 54, 10). Por tanto, el amor —al igual que la fe— se ha hecho para entender y para pensar, y no al revés: la primacía radica en la fe y en el amor que alumbran el universo entero. Quizá por ello, en la *Doctrina pueril* el discurrir del entendimiento queda un tanto relegado respecto la memoria y la voluntad (Santanach Suñol, en Llull, 2005).

No puede extrañar que al tratar de las artes liberales aconseje que su hijo no aprenda geometría ni aritmética, y menos aún astronomía, porque «estas artes requieren todo el pensamiento humano, por lo cual no se puede también amar y contemplar a Dios» (*Doctrina pueril*, 74, 9). Del cuadrivio solamente la música es recomendada por Lulio porque sirve para loar a Dios, rechazando la música de los trovadores que «tocan sus instrumentos ante los príncipes por la vanidad mundana» (*Doctrina pueril*, 74, 6). Pero no hay que suponer que Lulio se cierra a los argumentos racionales ya que en el capítulo dedicado a la manera cómo los infieles pueden ser convertidos a la fe cristiana, reconoce que el tiempo de los milagros ha pasado siendo preciso recurrir al *Libro de las demostraciones* y al *Arte de encontrar la verdad*, porque la «razón demuestra que la verdad es más fuerte que la falsedad» (*Doctrina pueril*, 78, 11).

El planteamiento de la *Doctrina pueril* concuerda con lo que Evasto y Aloma dispusieron para su hijo Blanquerna que «tuvo nodriza sana en su persona para que de sana leche se criara, pues por la leche mala quedan los niños enfermos y desmedrados en su persona». Obviamente, la nodriza era una mujer honesta y de buena vida, recomendando Lulio que en la crianza de los niños deben evitarse las nodrizas que estén en pecado o que tengan vicios. «Cuando Blanquerna tuvo ocho años, su padre Evasto lo puso en la escuela y le hizo dar enseñanza, según se contiene en el *Libro de Doctrina pueril*, donde se advierte que al principio debe el padre enseñar a su hijo en vulgar y le debe dar doctrina y conocimiento de los artículos de la fe, y de los diez mandamientos de la ley, y de los siete sacramentos de la santa madre Iglesia, y de las siete virtudes, y de los siete pecados mortales, y de lo demás que contiene en dicho libro» (*Blanquerna*, I, 2). Más tarde, Blanquerna fue confiado a «un estudiante como guardián y maestro, y éste, temprano por la mañana, lo llevaba todos los días a la Iglesia y le enseñaba a rezar a Dios y a oír misa devotamente y con atención. Y después de la misa lo llevaba a la escuela de música para que aprendiese a servir bien la misa cantada» (*Blanquerna*, I, 2)

Es probable que Lulio diseñase este plan a la vista de su propia experiencia personal y así la educación de Blanquerna pudiese coincidir con el proceso formativo que él siguió, o que le hubiera gustado cursar, antes de entrar como paje en la corte de Jaime I. «Blanquerna personifica a Ramón Llull, y, por consiguiente, la educación del primero es substancialmente, la del segundo» (Tusquets, 1960, 211). De hecho, Blanquerna —al igual que Domingo— profundizó en el estudio del trivio, orillando el cuadrivio, pero familiarizándose con la medicina y la teología sin perder de vista la primera intención de su pedagogía: amar y servir a Dios. «Blanquerna aprendió tanta gramática, que sabía hablar y entender bien el latín. Y luego aprendió lógica, y retórica, y filosofía natural, para que con mayor facilidad pudiera saber la

ciencia de medicina, a fin de conservar su cuerpo en salud, y la ciencia de teología, a fin de conocer, amar y servir a Dios y saber regir su alma para la vida perdurable del paraíso» (*Blanquerna*, I, 2). Y puestos a establecer comparaciones, podemos recordar el paralelismo entre el apartado segundo del libro primero de *Blanquerna*, dedicado al nacimiento y educación del hijo de Evasto y Aloma, con el capítulo 91 de la *Doctrina pueril*, en que se describe la manera según la cual se debe criar a un hijo, y en donde se recalca que hay dos tipos de alimentos, a saber, los que corresponden al cuerpo y los que pertenecen al alma.

1. ASPECTOS DE LA PEDAGOGÍA LULIANA

Entre los diferentes aspectos del pensamiento luliano destaca su dimensión pedagógica que para algunos autores como Llinarès (1968) constituye su verdadera vocación. Por su parte, los editores de la antología pedagógica luliana (Llull, 1992) no titubean en considerarlo un pedagogo sin cátedra. Es evidente que entre el gran número de libros que escribió —más de doscientos cincuenta— su producción pedagógica ocupa un lugar preferente, aunque la *Doctrina pueril* es el único texto eminentemente educativo que hay que contextualizar en un mundo bajo-medieval en que empezaban a adquirir importancia las ciudades, circunstancia que propició la divulgación y democratización del saber. Por ello, y aunque Lulio acepte la superioridad de la vida contemplativa, no proscribió la vida activa. Entre sus proverbios, encontramos el siguiente: «El agricultor y el mercader son, para la vida, más necesarios que los demás hombres» (Llull, 1978, p. 443). Este cúmulo de circunstancias propició la emergencia de una primera corriente humanista, en sintonía con una cosmovisión cristiana. Historiadores de prestigio, como el profesor Albert Soler (1998), han puesto de manifiesto la profunda relación entre la espiritualidad y la cultura durante el último tramo del siglo XIII en la Corona de Aragón que coincidía con una profunda revolución económica y urbana, adquiriendo las órdenes mendicantes un notable papel.

Tal situación favoreció el acceso de los laicos al mundo del saber y, en esta dirección, Lulio y Arnaldo de Vilanova promovieron un «programa de instrucción doctrinal y espiritual para el pueblo de largo alcance», señalando que en el caso «del beato Ramón quizás estemos ante el programa más ambicioso que plantea un laico en la Edad Media» (Soler, 1998). Así pues, se puede considerar al humanismo del Renacimiento como un fruto de este humanismo medieval, de cepa cristiana, que afirma la conveniencia de que el hombre se instruya no sólo religiosa y moralmente, sino también en las artes mecánicas, es decir, las que corresponden a los diferentes oficios.

En el *Árbol de la ciencia*, al referirse a los hábitos, Lulio deja constancia de las siete artes mecánicas: herrería, carpintería, sastrería, agricultura, comercio o mercadería, marinería y caballería, a la cual dedicó el *Libro del orden de caballería*, en que revisa —entre otros puntos— el oficio, virtudes y honor del caballero. A continuación, comenta las siete artes liberales, a las que siguen el derecho, la medicina, la filosofía y la teología, lo cual nos da una imagen completa del original árbol de la ciencia luliana. En último extremo, Domingo debe trabajar, eligiendo un buen oficio porque no hay mayor vileza que la holgazanería que algunos burgueses practican. «Pues el burgués gasta y no gana y tiene hijos y todos están ociosos y quieren ser burgueses y la riqueza no es bastante para todos» (*Doctrina pueril*, 79, 9).

Por lo demás, el mismo Lulio —que nos ha dejado notas autobiográficas en obras como la *Vida coetánea* y el *Desconsuelo*— se ha referido a su vocación pedagógica. En la segunda de estas obras señala que gracias a su *Arte general* —inspirada por el Espíritu Santo— el hombre puede «saber todas las cosas naturales», sirviendo «para aprender el derecho, la medicina y todas las ciencias, y, asimismo, para aprender la teología, ciencia para mí la más estimada» (*Desconsuelo*, VIII). Junto a la ciencia infusa que procede del Espíritu Santo, la ciencia también puede ser adquirida, es decir, aprendida. Con todo, la ciencia infusa es más noble que la impartida en la «escuela del maestro» (*Doctrina pueril*, 34, 3). Por tanto, Domingo —a quien su padre desea guiar en su ausencia— debe confiar más en la ciencia que proviene del Espíritu Santo que en la ciencia que los maestros muestran a sus discípulos en las escuelas. De tal guisa, que la ciencia adquirida no puede despertar a aquellos que pecan, o que andan errados, mientras que la ciencia infusa «da conciencia a los pecadores de sus pecados e ilumina los ojos tenebrosos de los hombres que están en error» (*Doctrina pueril*, 34, 5).

Su gran objetivo no fue otro que consolidar los principios de la Cristiandad, para lo cual se imponía la conversión de los musulmanes y los tártaros, sin olvidar la propia depuración de la conciencia cristiana. Lulio manifiesta —en su *Desconsuelo*— que no es cierto «que se necesite mucho tiempo para aprender la lengua árabe», con lo cual pone el énfasis en la necesidad de aprender lenguas para contribuir eficazmente a la cristianización de los infieles de los que se convierte —al decir de Xirau— en una especie de procurador. En este punto, hay que recordar que Lulio aprendió durante nueve años la lengua árabe, gracias a las enseñanzas de un esclavo musulmán. Todavía en Mallorca, ocupada por Jaime I el año 1229, quedaban importantes reductos de población que seguían a Mahoma.

Ante la falta de una lengua común, no dudó en emplear todas las lenguas a su alcance, y así escribió en lengua vernácula su trilogía pedagógica, formada por la *Doctrina Pueril* (1275), *Blanquerna* (1283) y *Félix* o *Libro de*

las maravillas (1289). Los estudiosos han recordado la opinión de Menéndez y Pelayo, expuesta en los *Orígenes de la novela*, según la cual estas dos últimas obras pueden ser consideradas como las primeras novelas didácticas en lengua neolatina que «constituyen el primer esbozo, en Europa, de novela filosófico-social» (Carreras Artau, 1939, p. 630). En este sentido, la lengua catalana no era nada más que la puerta para llegar al latín, la lengua de la cultura y del culto religioso, que se reservaba para cuando el joven hubiese alcanzado la adolescencia, momento en que debía estudiar gramática y lógica utilizando la lengua latina. En el prólogo a la *Doctrina pueril*, Lulio advierte que ha compuesto en vulgar esta obra para su hijo, lo cual facilitará que más adelante entienda con mayor rapidez la lengua latina.

En su novela *Blanquerna* llega incluso a imaginar la existencia de una ciudad en cada provincia donde sólo se hablase latín, a fin de que el uso de la lengua latina no retrocediese. Siendo Blanquerna sumo pontífice, un cardenal propuso que como fuera que la diversidad de las lenguas favorece que unas guerreen con las otras, sería útil la existencia de una lengua universal que facilitase el entendimiento y el amor entre los hombres, en orden que sirviesen a Dios. Las personas que acudiesen a estas ciudades aprenderían fácilmente la lengua latina, que más tarde trasladarían a sus tierras, «mostrándola a los niños desde un buen comienzo que así aprenderían a hablarla» (*Blanquerna*, IV, 94). Por este medio, se conseguiría la unidad del mundo, lográndose una auténtica Cristiandad en la que sólo existiría una lengua, una creencia y una fe, la católica, claros reflejos de la tendencia a la unidad del pensamiento luliano que también demanda un único Arte.

Al referirse al trivio en la *Doctrina pueril* (73,2), recomienda que si desea cultivar cualquier ciencia debe aprender, en primer lugar, el arte de la gramática latina. Pero insistimos en que éste no es el itinerario formativo previsto para su hijo, quien debía seguir el camino de la vida activa, propia de quienes ejercitan las artes mecánicas, que Lulio distingue como la «ciencia lucrativa manual para dar sustento a la vida corporal». Ante todo, la *Doctrina pueril* se refiere a las artes mecánicas que son practicadas por los menestrales, los labradores, los herreros, los carpinteros, los zapateros, los sastres, los mercaderes y otros oficios parecidos (79, 1). Por tanto, Lulio aconseja a su hijo que aprenda —como hacen los sarracenos— un buen oficio, para que pueda subsistir por él mismo, lo cual constituía una novedad en aquel entonces, si bien sigue una línea ya iniciada por Hugo de San Víctor en su *Didascalicon de studio legendi*.

Nuestro Beato sabe que los burgueses son los hijos de aquellos que se dedicaron con éxito al desempeño de un oficio o un arte mecánico (79, 9). Pero Lulio exhorta a su hijo a que no envidie la riqueza de los demás, estableciendo la siguiente cadena a través de siete oficios o peldaños. El

soberbio si es zapatero quiere ser sastre, si es sastre desea ser burgués, si es burgués aspira ser caballero, si es caballero anhela ser conde, si es conde suspira por ser rey, y, si es rey, se propone ser emperador, en función de una lógica según la cual cuando más se asciende socialmente, más se quiere subir (*Doctrina pueril*, 64, 7).

Cuando nos acercamos a la literatura pedagógica luliana observamos un estilo didáctico estructurado, que responde a un orden meditado. Sus libros ofrecen una gran simbología, recurriendo al uso de símiles, metáforas y alegorías que sirven para transmitir, con mayor plasticidad, las ideas que desea trasladar a la mentalidad infantil. A su vez, todo el saber se organiza a través de la figura del árbol. Otro de los aspectos a tener en cuenta es la manera cómo Lulio se dirige a su hijo, siempre exhortativamente, anteponiendo por lo general la expresión «Amable hijo». No se trata de un estilo imperativo, sino paternal y afectuoso, que huye de la mayéutica socrática aunque en ocasiones empieza con una pregunta.

El profesor Tusquets calificó el método didáctico luliano como intensificador, sobre la base de que «el entendimiento comprenderá tanto mejor cuanto más le ayuden las otras dos potencias del alma» (Tusquets, 1954, 345). Así Lulio apela a la memoria para que la historia acentúe la fuerza del mensaje que se quiere transmitir, exhortando a la voluntad para que desee justamente aquello que marca el buen camino a seguir, repudiando el pecado. Tampoco extraña que Lulio recurra a fábulas como el *Libro de las bestias* incorporado al *Libro de las maravillas*, incluyendo imágenes y comparaciones para destacar sus puntos de vista, con el horizonte puesto en el fin último que no es otro que honrar y amar a Dios, primera intención —insistimos una vez más— de la pedagogía luliana.

En otro orden de cosas, Lulio —siempre proclive a la combinatoria— establece relaciones numéricas, en función de un misticismo de ascendencia platónica (Pring-Mill, 1961). Sabido es, por ejemplo, que cinco son los libros de *Blanquerna* de acuerdo con las cinco llagas de Cristo. Lógicamente el número tres (que corresponde a la trinidad) y el cuatro (preferido por los pitagóricos) ejercen una notable influencia, gracias además al hecho que permiten combinaciones con la suma (7) y la multiplicación (12). No por azar, siete son las artes liberales, siete las edades del hombre y siete el número de los planetas. Muchos de sus libros están divididos en siete partes. Cada uno de los árboles de los dieciséis tratados que forman el *Árbol de la ciencia* está integrado por siete partes. El *Libro del amigo y del Amado* contiene 365 reflexiones, una para cada día del año. También en el *Libro del arte de la contemplación* introduce una serie de combinaciones numéricas en que muestra las maneras cómo Blanquerna contemplaba las dieciséis virtudes divinas (bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, vir-

tud, verdad, gloria, perfección, justicia, largueza, misericordia, humildad, señoría, paciencia). De tres en tres, pero otros días lo hacía de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, o de dos en dos, confiriendo un sentido creativo y, si se quiere, incluso lúdico, a sus instancias didácticas. En otros lugares —en el capítulo número cien dedicado al paraíso de la *Doctrina pueril*— recurre al juego del ajedrez para significar que, a través de la multiplicación de los distintos cuadros del tablero, podemos llegar a entender la grandeza de la gloria divina.

La metáfora del cristiano errante que camina por bosques, que encuentra una persona sabia (un anciano, un ermitaño) para su ilustración, menudea en su universo pedagógico que está repleto de historias ejemplares. Además, su pedagogía ofrece tonos realistas que pone al servicio de su proyecto de la reforma de la sociedad para restablecer la Cristiandad. Detrás de su pedagogía se ha detectado la presencia de diversos autores (San Anselmo, San Buenaventura, Tomás de Aquino, Roger Bacon) y de diferentes corrientes de pensamiento, en especial del franciscanismo. No puede pasar por alto que Lulio tomó la decisión de llevar una vida entregada a la acción misional después de escuchar, al poco de su conversión, un sermón sobre la vida de San Francisco. «Y para Lulio, en su percepción franciscana, el espacio y el tiempo en que se amplía el mundo constituyen un objeto de alegría que le permite contemplar amorosamente el ser inmenso del mundo, que lo abarca todo, a través del aire, del agua, de la tierra, de las nubes, de la lluvia y del sol» (Lulio, 2007, 91).

Sin negar esta presencia franciscana en su pedagogía, los especialistas (Tusquets, Llinarès, Colomer) también destacan la influencia del tratado de Vicente de Beauvais, *De eruditione filiorum nobilium* (1246), cosa lógica si pensamos que Lulio fue preceptor del segundo hijo de Jaime I, el futuro Jaime II de Mallorca, que le nombró senescal de su corte. La influencia de Beauvais no sólo se deja sentir en el ámbito didáctico sino también en el enciclopédico. Así el Félix luliano depende del *Speculum naturale* que forma parte del *Speculum maius* (1244-1257) de Beauvais, que los especialistas estiman como la enciclopedia más citada y difundida del mundo medieval (Vicente de Beauvais, 2011, XVI). Mientras el profesor Vergara Ciordia considera que Beauvais es un escolástico de vanguardia, el profesor Tusquets sitúa al filósofo mallorquín por encima del «cachazudo y erudito Vicente de Beauvais» (Tusquets, 1954, p. 182). Sea como fuere, lo cierto es que —faltos de un estudio comparado en profundidad— advertimos más de un punto de contacto. Citamos, por ejemplo, la influencia recibida de San Agustín que se deja notar en los dos autores, así como su apego al estudio de la ciencia y el gusto por los viajes, y la coincidencia de ambos en destacar el estado del matrimonio y la formación de la vida conyugal. Podemos añadir que si Beauvais se dirige especialmente a los nobles, la *Doctrina pueril* está pen-

sada para los burgueses, aunque Lulio se olvidó —probablemente adrede— de la educación de la mujer, aspecto que el *Tratado sobre la formación de los hijos de los nobles* aborda en la cuarta y última de sus partes. Al margen de las diferencias, Beauvais y Lulio coinciden en resaltar, amén del ejemplo de la Virgen María, la importancia de enseñar para alabar a Dios y ganar el paraíso.

2. UNA ENCICLOPEDIA RELIGIOSA Y PROFANA

Desde la perspectiva de la arquitectura pedagógica luliana, la *Doctrina Pueril* constituye un libro de iniciación, que Domingo debe aprender entre los 8 años y 13 años. A partir de los catorce años, le toca el turno a Félix, cuyo oficio no es otro que maravillarse de las cosas que Dios ha hecho en el mundo. Tanto es así que el itinerario formativo que dibuja para su hijo —a través de la *Doctrina Pueril* y del *Libro de las maravillas*— comporta una elección mundana, que corresponde a una vida activa, propia de aquella persona que algún día optará por el orden del matrimonio, descrito en el libro primero de *Blanquerna*. No es fortuito que al finalizar la *Doctrina pueril*, Lulio remita a su hijo al *Blanquerna*, para profundizar en la significación de la gloria del paraíso. Al igual que los padres de Lulio, Evasto y Aloma vivieron mucho tiempo sin tener descendencia que —en ambos casos— se limitó a un único hijo. Mientras Evasto escogió el orden del matrimonio por ser cabeza de su linaje, Aloma recordó que «su propósito al entrar en orden de matrimonio fue de tener hijos que sirvieran a Dios» (*Blanquerna*, I, 1). Precisamente, en la *Doctrina pueril* encontramos un capítulo (el vigésimo octavo) dedicado al matrimonio, en el que Lulio recuerda que de la misma forma que la mujer debe servir al marido, ambos —marido y esposa— deben amar a Dios.

Después de prevenir a su hijo sobre que algunas hembras se vinculan «falsamente al orden del matrimonio», da unos consejos sobre las virtudes que deben adornar a las mujeres que han de ser sencillas y alejadas de ornamentos superfluos. A pesar de los riesgos del orden del matrimonio, Lulio no olvida las dos posibilidades —la vida activa del matrimonio y la vida contemplativa del religioso— dibujando itinerarios educativos en ambas direcciones, situándose la *Doctrina pueril* justamente en la primera de estas orientaciones, en el proceso de un joven que se formará en un arte mecánico, que se maravillará —como hará Félix— por la belleza del mundo, que constituirá una familia, que tendrá hijos y que destinará todas sus energías a honrar y amar a Dios.

Al margen del camino que el hombre elija —ya sea su inserción en el mundo de la vida activa y del orden matrimonial como Lulio propone a su hijo, o bien siguiendo la senda del orden apostólico de la vida contempla-

tiva— todo apunta hacia una misma dirección. El ser humano se ha alejado de Dios, olvidando el sacrificio de Cristo, su Hijo encarnado. En el *Libro de las maravillas*, Lulio nos ha dejado una magnífica metáfora de lo que significa la educación, entendida como cortesía. En un contexto urbano, Lulio —que habla para el hombre que habita las ciudades— constata que el burgués actúa de una manera recatada para no escandalizar a sus conciudadanos. Por el contrario, esta cautela no se observa ante la mirada de Dios, de modo que el hombre que se sonroja frente a una hipotética reprobación de sus vecinos, no experimenta vergüenza alguna delante de Dios. «Educación y cortesía hace a los hombres vestir, comer, beber, ir, estarse, hablar, y así todas las cosas, según conviene; y villanía hace lo contrario de todo esto. Y por eso, hijo, es maravilla que tanto príncipe y alto barón, y tanto hombre, sean tan villanos, tan mal educados en decir y en hacer viles, sucios hechos, por los cuales a Dios y a las gentes son desagradables» (Lulio, 1981, 293).

Puede chocar que Lulio —tan amante de los árboles del saber que constan de raíces, tronco, ramas, ramos, hojas, flores y frutos— opte por una enciclopedia, que entronca con la tradición iniciada por Varrón (siglos II-I a.C.), de reunir todo el saber en una sola obra, idea que perduró durante la Edad Media sobre la base de la clasificación realizada por Marciano Capella en el siglo V. Nótese que si el *Árbol de la ciencia* es una gran obra científica, pero compleja y de escasa eficacia pedagógica, no sucede lo mismo con la *Doctrina pueril* que está elaborada con un gran sentido didáctico (Moll, en Llull, 1971, 17).

Nuestro autor desea que su *Doctrina pueril* sea leída por todos los laicos, más allá de su primer destinatario, de modo que ordena los cien capítulos en dos grandes bloques (uno religioso, del capítulo 1 al 67, y otro profano, del 68 al final) que conglutinan todo el saber que un joven debía conocer. A propósito de esta división, existen investigadores que amplían la parte religiosa hasta el capítulo 72, ya que los comprendidos entre los números 68 y 72 se refieren a las religiones monoteístas, con algunas consideraciones sobre el paganismo, si bien el capítulo 68 está dedicado a la ley natural por la cual el mundo está ordenado de modo que —por esta ley— el hombre «tiene que honrar a su Señor, su mayor y benefactor, y amar a su prójimo» (*Doctrina pueril*, 68, 3).

De conformidad con otros autores (Pring-Mill, 1978) sostenemos el criterio que estos cinco capítulos (del 68 al 72) pueden considerarse como una transición entre ambas partes, ya que presenta un panorama histórico de las tres grandes religiones (mosaica, cristiana, musulmana) cuyo planteamiento recuerda al *Libro del gentil y los tres sabios*. Aquí las indicaciones sobre el judaísmo y el Islam son elementales, sin la profundización que se da en el *Libro del gentil*, en que Lulio demuestra un respeto absoluto por

ambas religiones. Tampoco pierde la perspectiva de los gentiles (mongoles, tártaros, búlgaros, húngaros, nestorianos, rusos, etc.) que adoran ídolos y desconocen a Dios.

Cuando analizamos su contenido se hace evidente el carácter religioso y profano, esto es, catequético e instructivo, de esta obra que los especialistas —aquí reproducimos las palabras de Santanach Suñol en la introducción a su edición de la *Doctrina pueril* (Llull, 2005)— no dudan en reconocer «como uno de los textos más completos y estructurados que surgieron durante la Edad Media con destino a la formación básica de los laicos». Seguidamente enunciamos los grandes epígrafes que componen esta enciclopedia escolar, que concluye con la descripción del paraíso, donde se podrá contemplar a Dios en su unidad y trinidad. El contenido está integrado, pues, por los siguientes apartados: los doce artículos de la santa fe católica, los diez mandamientos de la ley de Dios, los siete sacramentos de la Santa Iglesia, los siete dones del Espíritu Santo, las siete bienaventuranzas, los siete gozos de Nuestra Señora Santa María, las siete virtudes (teologales y cardinales) que constituyen las vías de la salvación, los siete pecados mortales por los cuales el hombre se condena, las tres leyes o religiones (Antiguo Testamento o fe judaica, del Nuevo Testamento o cristianismo, de Mahoma), las siete artes (trivio, cuadrivio, teología, derecho, ciencia natural que se basa en la física de Aristóteles que había llegado a través de los árabes, medicina que se articula a modo de un pequeño tratado higiénico o de sanidad que recuerda el que elaboró a comienzos del siglo XIV Arnaldo de Vilanova para la corte aragonesa, y, por último, las artes mecánicas). A estas siete artes, sigue un apartado sobre diversas materias de contenido antropológico y social, en que describe las siete edades de la historia, finalizando con el paraíso donde además de contemplar a Dios, los ojos corporales verán el cuerpo de Cristo y los ojos espirituales su alma.

Podemos suponer que siguiendo los pasos de la *Doctrina pueril*, cualquier alumno adquiriría una cultura general importante. Partiendo de la catalogación que el profesor Tusquets (1960) hizo de los conocimientos que pudo atesorar Domingo a los trece años, establecemos la siguiente clasificación: 1) abandonará la cultura oral y trovadoresca medieval, que observó su padre, para sumarse a una cultura escrita, urbana y laica; 2) aprenderá su lengua vernácula, leyéndola y escribiéndola, y se habrá iniciado en el latín; 3) tendrá conocimiento de los contenidos fundamentales de la doctrina cristiana, adquiridos a través de un método didáctico intensificador que atenderá más a la comprensión que a una maquinal repetición memorística; 4) poseerá rudimentos de las ciencias naturales, de los elementos, del cuerpo y de la vida corporal, así como visiones de las grandes religiones, 5) no le serán extrañas las artes liberales, ni

tampoco la medicina y la teología necesarias para cuidar su cuerpo y su alma, según una visión integral del ser humano; 6) se habrá formado una idea cabal de los diferentes estados de la vida (matrimonio, apostólico e imperial), en especial del primero ya que Domingo está llamado a casarse y a tener hijos sobre cuyos cuidados ya habrá sido instruido un tanto prematuramente; 7) conocerá la importancia de las artes mecánicas y será consciente de la necesidad de aprender un oficio para que pueda sustentarse por él mismo; 8) habrá asumido las dificultades que implica caminar por la senda del bien, la única posible para honrar, amar y servir a Dios, lo cual ha de conducir al paraíso evitando los tormentos del infierno.

Nos encontramos, pues, ante una enciclopedia en que se aúnan —de manera descompensada— los aspectos religiosos y profanos, dentro de una cosmovisión teocéntrica que concuerda con el espíritu de la época bajo-medieval (Pring-Mill, 1978). De hecho, Lulio utiliza la *Doctrina pueril* como una especie de mecanismo de transmisión de la visión cristiana de la vida, en un intento no sólo de perpetuación, sino también de reforma. Nuestro autor propone un modo de vida que combina la austeridad con la laboriosidad, sin perder de vista la devoción, y que ha de conducir hasta Dios por la vía de la virtud. La obediencia, la templanza, la mortificación, el recuerdo de la muerte, la castidad, serán —entre otros aspectos— buenas costumbres, hasta convertirse en virtudes, que Domingo debe apropiarse para ser amable a los ojos de Dios (*Doctrina pueril*, cap. 93).

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

La *Doctrina pueril* luliana constituye una referencia pedagógica de primer orden para la cultura europea del siglo XIII, una obra cuya actualidad ha resurgido en los últimos tiempos. Desde los años setenta del siglo pasado han aparecido en España diversas ediciones, elaboradas con criterios rigurosos. De hecho, la obra pervivió durante décadas como confirma la versión en castellano realizada por Antonio Villarroel y Torres, a mediados del siglo XVIII, y que ha sido difundida en un CD (2002). Después de la edición preparada en 1970 por Gret Schib, contamos con la reciente versión crítica de Joan Santanach publicada en 2005. Tampoco podemos silenciar la edición facsímil aparecida en 1986, que reproduce la versión de Mateo Obrador, que data de comienzos del siglo XX. Igualmente existe una versión italiana de 2003 y otra francesa de 2006, sin olvidar la versión occitana, publicada en 1997 en Italia. También Jean Houssaye incluyó a Lulio en su volumen sobre los primeros pedagogos, desde la antigüedad hasta el Renacimiento (González-Agàpito, 2002). En 2010 ha aparecido una versión en alemán a cargo del profesor Santanach Suñol.

Pues bien, a la luz de lo que señalamos, podemos considerar la *Doctrina pueril* como un clásico de la tradición pedagógica occidental. Sin caer en exageraciones, Lulio respondió a los signos de su tiempo, al percatarse de la necesidad de educar a los laicos, a fin de consolidar los valores de la Cristiandad, proporcionándoles una educación no sólo religiosa sino también profesional, en un mundo que se abría a las corrientes humanistas, preludiando el conflicto entre la inteligencia cristiana y el paganismo renacentista (Van Steenberguen, 1955).

También podemos destacar alguna limitación de su pedagogía, más atribuible al espíritu de aquella época que a un planteamiento restrictivo de las cosas. Cabe destacar la visión ambivalente de la mujer que por un lado encuentra un magnífico modelo en la Virgen María, aunque su concepción es más bien negativa. No hay por qué insistir que la pedagogía luliana es mariológica, además de teocéntrica y cristocéntrica. Sin embargo, Lulio —siempre preocupado por la lujuria— ve en la mujer una tentación. Es verdad que para su hija Magdalena existen modelos de perfección cristiana en diferentes pasajes de *Blanquerna*, cuando se refiere a Aloma y, sobre todo, a la abadesa Natana que valora la capacidad de las mujeres para poder entender sutiles palabras (*Blanquerna*, II, 39). Mientras Vicente de Beauvais abunda en los pormenores de la educación de la mujer defendiendo la formación literaria de las hijas, Lulio omite las referencias explícitas sobre esta cuestión en la *Doctrina pueril*, advirtiendo a su hijo de los peligros que comporta el trato con las mismas, coincidiendo los dos autores en la necesidad de que las mujeres se abstengan de los excesos en el adorno personal.

No podemos olvidar que el Doctor Iluminado es un pensador de la unificación y, por ende, de la concordancia de modo que no sólo desea unificar el mundo, restaurando la Cristiandad, sino también concordar la fe con la razón, y, por tanto, el amor con la ciencia, e, igualmente, la oración y el trabajo a través del cultivo de las artes mecánicas. Su posición recuerda la regla benedictina, si bien también podemos ver en Lulio un precursor de la escuela popular que la Escuela Pía asumió, en el tránsito de los siglos XVI al XVII, bajo el carisma de San José de Calasanz, que se preocupó no sólo de cultivar la piedad y las letras, sino también de conferir a sus alumnos una orientación profesional.

Lulio es un hombre de ciudad que estudia y discute en las ciudades, donde tiene lugar la vida activa, pero que sabe que el lugar ideal para dedicarse a la contemplación no es otro que la vida eremítica. Por esta senda, el ser humano —el amigo— puede hacerse amable a los ojos de Dios, el Amado. De igual manera, el hombre debe intentar concordar con las virtudes que Dios atesora en su máxima plenitud, contando para ello con los ejemplos de Cristo y de la Virgen María. Por consiguiente, la pedagogía

luliana que apela a la fuerza de los ejemplos (*exempla*) y de los espejos (*specula*) trae a colación, a través de la memoria, el sacrificio de Jesucristo, quien dio la Nueva Ley por gracia de Dios, y el amor y padecimiento de María por su hijo. En definitiva, todo tiende a la salvación del hombre, a la vida eterna que sigue a la muerte corporal, por los caminos del bien y del mal. Si el primero conduce al paraíso, el segundo al infierno. Baste recordar —a manera de colofón— que la pedagogía luliana es una pedagogía teocéntrica que, en función de la primera intención de Lulio, persigue que el hombre sea amable a los ojos de Dios para lo cual hay que enseñarle —y este es el gran mensaje de su filosofía educativa— para que sepa honrarle, servirle y amarle.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Badia, L.; Bonner, A. (1993). *Ramón Lull: vida, pensamiento y obra literaria*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Beauvais, V. de (2011). *Tratado sobre la formación de los hijos de los nobles*. Edición de Ildefonso Adeva y Javier Vergara. Madrid: BAC-UNED.
- Carreras Artau, T.; Carreras Artau, J. (1939-1943). *Historia de la filosofía española: filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (2 vols.).
- Colom, A. J. (2009). Lectura del primer llibre de lectura de la pedagogia. Aproximació a la Doctrina Pueril. *Educació i Història*, 13, 49-70.
- Colomer, E. (1975). *De la Edad Media al Renacimiento. Ramón Lull-Nicolás de Cusa-Juan Pico della Mirándola*. Barcelona: Editorial Herder.
- Font Puig, P. (1931). Ramón Lull. Polarización y Unificación, *Anales de la Universidad de Murcia*, 1, 49-84.
- González-Agàpito, J. (2009). Ramon Lull, en Houssaye, J. (Ed.) *Premiers pédagogues: de l'Antiquité à la Renaissance*. París: ESF éditeur, 189-209.
- Llinarès, A. (1968) *Ramon Lull*. Barcelona: Edicions 62. de Relaciones Culturales (2 vols.).
- Llull, R. (1961) *Antología*. Prólogo y notas preliminares de M. Batllori. Madrid: Dirección General.
- Llull, R. (1971). *Arbre exemplifical*. Edición de F. de B. Moll. Palma de Mallorca: Moll.
- Llull, R. (1972). *Doctrina pueril*. Edición de Gret Schib. Barcelona: Editorial Barcino.
- Llull, R. (1978). *Proverbis de Ramon*. Edición de S. Garcías Palou. Madrid: Editora Nacional.
- Llull, R. (1980). *Llibre de Meravelles*. Barcelona: Edicions 62.
- Llull, R. (1982). *Llibre d'Evast e Blanquerna*. Barcelona: Edicions 62.
- Llull, R. (1992). *Pàgines pedagògiques*. Edición de L. Badia y A. Soler. Vic: Eumo.
- Llull, R. (2005). *Doctrina pueril*. Edició crítica de Joan Santanach i Suñol. Palma de Mallorca: Patronat Ramon Llull.
- Lulio, R. (1981). *El libro del amigo y del Amado*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lulio, R. (2007). *Libro del gentil y los tres sabios*. Estudio preliminar por Aurora Gutiérrez y Paloma Pernil. Texto, traducción y notas por Matilde Conde Salazar. Madrid: BAC-UNED.
- Lulle, R. (2005). *Livre de l'enseignement des enfants*. Presentación y traducción de Bernard Jolibert. París: Klincksieck.
- Pring-Mill, R. D. F. (1961). *El Microcosmos lul·lià*. Palma de Mallorca: Moll.
- Pring-Mill, R. D. F. (1978). La Doctrina Pueril: conreu i transmissió d'una cultura, *Lluc*, 682, 171-176 [Reproducido en *Estudis sobre Ramon Llull*. Edición de Lola Badia y Albert Soler. Barcelona: Curial Edicions Catalanes-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991, 319-331].
- Soler, A. (1998). Espiritualitat i cultura: els laics i l'accés al saber a final del segle XII a la Corona d'Aragó, *Studia Lulliana*, 38, 3-26.
- Tusquets, J. (1954). *Ramón Lull. Pedagogía de la Cristiandad*. Madrid: CSIC-Instituto San José de Calasanz.

- Tusquets, J. (1960). ¿Ha influido Ramón Llull en la evolución de la escuela elemental?, *Revista Española de Pedagogía*, XVIII, 71, 211-220.
- Tusquets, J. (1970). *Ramon Llull, com a pedagog comparativista cristià*. Barcelona: Acadèmia de Bones Lletres.
- Van Steenberguen, F. (1955). Réflexions sur l'organisation des études au Mogen Age, en *Miscellanea Lulliana a magistris et professoribus edita maioricen. Scholae Lullisticae in Memoriam Rev. Dom. Salvatoris Galmés*. Maioricis, volumen primum.
- Viera, D. (1981-1983). Les idees pedagògiques de Ramon Llull i de Francesc Eiximenis: estudi comparatiu, *Estudios Lulianos*, XXV, 73, 227-242.
- Xirau, J. (1999). Vida y obra de Ramón Llull. Filosofía y mística, en *Obras Completas. II. Escritos sobre educación el humanismo hispánico*. Madrid-Rubí: Fundación Caja Madrid-Anthropos, 215-349.

PALABRAS CLAVE

Edad Media, Lulio, *Doctrina pueril*, historia educación, artes mecánicas

KEY WORDS

Middle Ages, Llull, *Doctrina pueril*, history of education, mechanical arts

PERFIL ACADÉMICO Y PROFESIONAL DEL AUTOR

Conrado Vilanou Torrano, Catedrático del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona. Es director de la revista *Temps d'Educació* que edita el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona. Se ha especializado en el estudio del pensamiento pedagógico, prestando especial atención a los discursos y narrativas educativas.

Dirección del autor: Conrado Vilanou Torrano
Facultad de Pedagogía
Dpto. de Teoría e Historia de la Educación
Universidad de Barcelona
Paseo de la Vall de Hebrón, 171
08035 Barcelona

Fecha Recepción del Artículo: 27. Enero. 2012

Fecha Revisión del Artículo: 23. Marzo. 2012

Fecha Aceptación del Artículo: 27. Marzo. 2012

Fecha de Revisión para publicación: 08. Noviembre. 2011